

LITERATURA, IDEOLOGÍA Y SOCIEDAD: LA NECESIDAD DE DEFINIR UN PROBLEMA TEÓRICO ¹

Quisiera proponer a consideración de este Encuentro algunas proposiciones e inquietudes tendientes a iniciar una reflexión encaminada a demarcar un problema teórico, que no parece estar formulado en estricto sentido, y que por el momento nos permitirá plantear preguntas que servirán, quizás, para iniciar concretas investigaciones teóricas. Investigaciones sin las cuales, a mi modo de ver, no podríamos avanzar tampoco en el intento de acceder a un conocimiento del desarrollo de la literatura ecuatoriana, ni a una crítica fundada teóricamente. Sin embargo, en la medida en que estas proposiciones no van más allá de un intento por situar el lugar de un problema teórico —el carácter de la práctica poética—, tales proposiciones quedan marcadas por la provisionalidad: solamente el avance en la investigación teórica permitirá mantenerlas, transformarlas, desplazarlas o abandonarlas, conforme se vaya estableciendo su pertinencia o impertinencia.

1.

En este Encuentro se plantea como interrogante la relación existente entre la literatura, la ideología y la sociedad. Más aún: la concreta relación existente entre literatura, ideología y sociedad, en el Ecuador, desde 1950 hasta el presente. Por tanto, se da por sentada la existencia de una relación entre procesos o realidades mentadas por los términos “literatura”, “sociedad”, “ideología”. ¿En qué lugar se constituyen o estructuran tales realidades, qué “orden” establecen entre sí, cómo se determinan? Sabemos que los términos se fijan, en tanto designan conceptos, al interior de un cuerpo teórico o con pretensiones de serlo, y que en este cuerpo teórico establecen su contenido, en referencia a las relaciones, a las determinaciones concretas de lo real, captadas en las relaciones y determinaciones concretas del pensamiento. Por lo mismo, si alguna función se quiere establecer entre términos (supuestamente: conceptos), tendrán estos que estar inscritos o tomados desde el interior de una teoría.

La dificultad que surge ante nosotros es que los tres términos: sociedad, ideología y literatura, supuestamente versarían sobre objetos captados desde distintas teorías o desde distintas perspectivas: sociología, historia, teoría de la literatura, lingüística, semiología, etc. O, en su defecto, objetos que podrían ser tomados a la vez desde varias perspectivas teóricas... Más aún: habrá que definir su mismo estatuto de objeto —lo que corresponde también a la teoría, y, en este caso, ¿a cuál teoría?—.

¹ Ponencia presentada en el Encuentro “Arte, literatura y sociedad” organizado por la Facultad de Artes de la Universidad Central del Ecuador, 1979.

Este es un primer género de dificultades que se nos presentan: ubicar nuestra problemática en relación a la teoría pertinente. Desde nuestro punto de vista, se trata de una primera toma de posición, de una primera demarcación: en primer lugar, el reconocimiento del carácter científico de teorías como el materialismo histórico, el psicoanálisis o la lingüística, que de una u otra manera podrían intervenir en el problema teórico planteado a propósito de la existencia de procesos a los que denominamos “literarios”, demarcando posiciones con toda una serie de disciplinas “científicas” dentro del oscuro campo de las “ciencias humanas”, donde la ideología (esta vez, en el sentido de no-conocimiento que se presenta y organiza teóricamente) organiza también su “saber”.

2.

Hemos dicho: el materialismo histórico, el psicoanálisis y la lingüística podrían *intervenir* en la producción del conocimiento sobre lo que, de manera provisional, denominaremos “fenómenos literarios”. Sin embargo, tal afirmación supone una precisión de orden teórico-metodológico: no creo que los fenómenos literarios den lugar a una ciencia de la literatura autónoma. Por tanto, no se trata de avalar una teoría desde el reconocimiento y apadrinamiento de las tres ciencias indicadas. Tampoco se trata de proponer una investigación “multidisciplinaria” o “interdisciplinaria”: no se ha demostrado la validez teórica de la multidisciplinaria, donde se pretende hacer intervenir cuerpos teóricos —o con pretensión de tales— que versan sobre objetos diferentes, constituidos de manera específica, y que establecen una metodología específica a cada teoría. El resultado de tal interdisciplinaria no parece ser otro que el empantanamiento en el eclecticismo.

Podemos pensar en otro sentido: los fenómenos literarios se estructuran dentro de una práctica específica de la práctica social, y por tanto están sometidos a toda la complejidad de las determinaciones entre prácticas, a las determinaciones de las relaciones sociales, de las luchas de clases específicas. Constituyen, por tanto, un objeto del materialismo histórico.

Sin embargo, dado su carácter (anticipamos: su relación con la ideología, en tanto práctica que se realiza en la “superestructura ideológica”, y en tanto se sustenta de manera material en el lenguaje), para su conocimiento se tendrá que acceder al psicoanálisis y a la lingüística, ya sea en búsqueda de conceptos que pueden funcionar instrumentalmente en el análisis (al modo en que conceptos de la matemática se usan instrumentalmente en la física), ya sea en búsqueda de analogías (el lugar de organización del sentido de los signos oníricos: el inconsciente) que de manera provisional podría constituir niveles descriptivos a indicios para proseguir con el análisis teórico.

3.-

Es desde el materialismo histórico, en efecto, desde donde resulta posible establecer, a un nivel teórico riguroso, la especificidad de lo literario, de lo poético, de lo artístico. Especificidad en relación con otros niveles, con otras formas de la actividad humana: las situadas en el estricto nivel de lo ideológico —filosofía, religión, ética, etc.—, de las “visiones del mundo”, cuanto de las que se dan en otros niveles de la actividad social: prácticas políticas, económicas. Especificidad establecida a nivel teórico como condición para establecer el carácter de la inserción de la literatura en la historia concreta de las formaciones sociales. Es decir, solo desde el materialismo histórico es posible señalar qué sea la “literatura”, que relación establece con las demás “formas de la vida social”, y cómo interviene en la historia.

Sobre este último aspecto, la intervención en la historia, debemos agregar: solamente desde el materialismo histórico es dable establecer la posibilidad —o la imposibilidad— de constituir, en tanto disciplina científica, una “historia de la literatura”. Es claro que, desde la perspectiva que aquí se sostiene, el concepto de *historia* se establece, en estricto rigor, en el materialismo histórico y con el materialismo histórico. La pregunta respectiva podría plantearse así: ¿existe en rigor una historia de la literatura, dado de antemano el señalamiento de la especificidad de la práctica literaria, o por el contrario debemos renunciar a tal pretensión y establecer los procesos de desarrollo de las literaturas específicas integradas a la historia particular de cada formación social concreta? Lo cual —esto último— no impide un nivel de generalidad, en el campo teórico, que fije el carácter de las relaciones genéricas (presentes en toda formación social) entre la práctica literaria, y las prácticas ideológicas y el conjunto de prácticas sociales, así como las determinaciones genéricas de las relaciones sociales sobre la producción artística.

4.-

La condición que hace del materialismo histórico la teoría desde donde tenga que preguntarse por la “naturaleza” de los “fenómenos literarios”, es el carácter mismo de estos: el constituir una *práctica*.

Práctica, esto es: “proceso de *transformación* de una materia prima determinada en un producto determinado, transformación efectuada por un trabajo humano determinado, utilizando medios (de “producción”) determinados”, proceso en el cual el momento determinante es el de la transformación misma². Las distintas prácticas que se dan al interior de la “vida social” se articulan orgánicamente estructurando un todo complejo: la *práctica social*, unidad compleja estructurada de tal modo que la práctica determinante en última instancia es la práctica de transformación de la naturaleza en productos útiles: la práctica económica,

² Althusser L., “Sobre la dialéctica materialista”, *La revolución teórica de Marx*, Siglo XXI, México, p. 136.

práctica en la que los hombres establecen las relaciones fundamentales de la “vida social”: las relaciones sociales de producción. Nos interesa retener por ahora que la “práctica social” es una totalidad compleja, donde se estructuran distintas prácticas (económicas, políticas, ideológicas), determinadas en última instancia por la práctica económica, y que corresponden a las distintas “instancias” que estructuran las formaciones sociales (las “sociedades” concretas): económica, jurídico-política e ideológica. Prácticas entendidas, insistimos, como proceso de transformación —específicos— de “materias primas” determinadas, en productos determinados, por la actividad humana y mediante el uso de “medios de trabajo”, del “instrumentos” determinados; proceso que se da siempre bajo la determinación de relaciones sociales, que ponen en relación a los hombres entre sí y con los medios de producción, relaciones sociales específicas a cada “modo de producción”.

Los “fenómenos literarios” constituyen una *práctica*. En tanto proceso general, lo que denominamos “literatura” no es otra cosa que la *transformación* de “elementos” ideológicos, de “ideas”, “sentimientos”, “vivencias” (“materia prima”) en productos (las obras poéticas), proceso de transformación que ejecuta la actividad humana (los “creadores”) poniendo en acción los medios de producción específicos a esta transformación (la “materia prima” ideológica, el lenguaje). En lo concreto, condicionan este proceso de transformación que produce finalmente “obras literarias”, las relaciones sociales ideológicas, el conjunto de relaciones sociales económicas y jurídico-políticas; y, en consecuencia, la lucha de clases. La *producción literaria* de cada “época”, estará determinada por las relaciones sociales concretas de la formación social, por el desarrollo de la lucha de clases concreta. De donde resulta necesario establecer el carácter de la intervención de las determinaciones provenientes de las relaciones sociales y de la lucha de clases en la “literatura”.

De ahí que, en primer término, deba precisarse el “lugar”³ donde se realiza la práctica “literaria”. Este lugar es la superestructura ideológica de las formaciones sociales: es una práctica producida en la ideología⁴. En efecto, la práctica literaria transforma “elementos” ideológicos, representaciones bajo las cuales los hombres “viven” su relación con las relaciones sociales concretas.

La ideología ha sido entendida, de manera tradicional, como una relación ilusoria —falsa conciencia— con lo real, como un conjunto de representaciones falseadas —elusivas— que aluden sin embargo a lo real. Althusser ha esbozado un desarrollo del concepto de ideología⁵ por el que se intenta precisar el carácter de la relación ilusoria propia de la ideología: “La ideología representa la relación imaginaria de los individuos con sus condiciones

³ En la teoría, toda topología funciona de manera descriptiva, o como instrumento de aproximación en la definición de un problema; no como concepto.

⁴ Cf. Françoise Perus, “Determinaciones y especificidad de las prácticas literarias”, *Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo*, Siglo XXI, México, 1976.

⁵ Louis Althusser: “Les appareils idéologiques d’Etat”, en *Positions*, Editions Sociales, París, 1976.

reales de existencia (...) toda ideología representa, en su deformación necesariamente imaginaria, no las relaciones de producción existentes (y las otras relaciones que de ellas derivan), sino ante todo la relación (imaginaria) de los individuos con las relaciones de producción y con las relaciones que de ellas derivan. En la ideología está representada entonces, no el sistema de las relaciones reales que gobiernan la existencia de los individuos, sino la relación imaginaria de esos individuos con las relaciones reales bajo las cuales viven”⁶. De otra parte, la “ideología tiene su existencia material”; no propiamente en cuanto “ideas” o “representaciones”, sino en cuanto estructura de prácticas y rituales, definidos al interior de “aparatos ideológicos”. La ideología constituye a los individuos concretos en sujetos concretos —“interpela a los individuos concretos en sujetos concretos”—; *sujetos con conciencia, con creencias*, que realizan determinados actos.

Cada individuo, cada uno de nosotros, está constituido por la ideología como sujeto concreto. Vivimos así nuestra relación con lo real a través de relaciones entre sujetos, reconociendo y reconociéndonos en esas relaciones imaginarias (la “conciencia”)⁷; las vivimos como creencias, en actos que se refieren a prácticas y a rituales: aceptamos así convicciones, practicamos cotidianamente un conjunto de actos que se ajustan o irrumpen contra códigos morales, religiosos, de urbanidad, sexuales, etcétera. Podríamos decir que allí se constituye lo “vivido” que será tomado por la producción literaria como “materia prima” de sus procesos de transformación específica.

En efecto, toda actividad poética supone esa transformación de “lo vivido”, si por ello entendemos lo pensado, lo percibido, lo sentido, lo “visto” por los sujetos. Lo propio de la poesía (del arte en general) consiste en tomar una distancia respecto de lo ideológico, en establecer una especie de “retroceso”, una “crítica” de lo ideológico, por lo que podemos “ver, sentir, percibir” lo ideológico (Althusser), sin constituir un *conocimiento* de lo ideológico (lo que específicamente diferencia la literatura de la ciencia, de la teoría); pero sin reducirse tampoco a mera ideología.

Es desde este punto de vista que se señala a la ideología como el lugar de realización de la práctica literaria (o poética). Al momento, no podemos avanzar más; dejamos señalada de manera general una relación problemática: la poesía (el arte) no son reductibles a mera ideología, aunque de momento no esté clara la relación establecida entre poesía (arte) e ideología. Así mismo, se tendría que modificar la afirmación de que el arte constituye una “forma

⁶ Althusser, *loc. cit.*, pp. 101, 104 (la traducción es nuestra). En lo que sigue, nos apoyamos en este texto.

⁷ Reconocimiento propio a la ideología, finalmente reconocimiento-desconocimiento, en oposición al conocimiento (científico).

de conocimiento”, en tanto no constituye propiamente conocimiento, sino una relación de percepción y de “toma de distancia interior” (Althusser) de la ideología⁸.

Por otra parte, las prácticas sociales están cruzadas por la lucha de clases; más aún, se dan como *prácticas de clase*. Conviene precisar aquí que las clases no constituyen *sujetos*, ni identidades constituidas previamente a la lucha de clases; es ésta la que constituye a las clases. De tal manera que tendremos que entender también a la literatura como *práctica de clase*, como práctica cruzada siempre por la lucha de clases específica.

5.

Lo dicho hasta aquí trae consigo algunas consecuencias:

a) Una desmitificación necesaria de la práctica literaria, de la producción poética; quedan de lado las interpretaciones estetizantes, las estéticas fundadas en lo sublime, en lo bello; las estéticas del arte por el arte; cuanto también las estéticas que ven en lo poético la revelación —la manifestación— del ser.

b) Abre la posibilidad de una investigación histórica de la producción poética; investigación que no puede dejar de considerar la relación entre la producción poética y los demás procesos sociales; fundamentalmente, la relación con la ideología, es decir, tanto con las “ideologías teóricas” —filosofías, teologías, éticas, “concepciones del mundo”—, cuanto con las “ideologías prácticas” —rituales, costumbres, hábitos—, y la intervención específica de la lucha de clases en la producción poética (y artística en general)⁹.

c) Deja de lado la interpretación de la literatura a través de la noción de “reflejo”; la poesía no es un reflejo (especular) de la realidad, ni cabe tampoco establecer una teoría de las relaciones de mediación entre lo real y su “reflejo” poético-artístico, dado que el arte, que la poesía, son prácticas que se realizan en lo ideológico, lo que marca su forma específica de relación con lo real¹⁰. Lo que es suficiente para poner en cuestión el carácter del “realismo”

⁸ Cf. Louis Althusser, “El conocimiento del arte y la ideología”, en A. Sánchez Vásquez, *Estética y marxismo*, Era, México, 1970, t. I, pp. 316-320.

⁹ Quisiera señalar aquí, y ya que últimamente se han puesto de moda entre nosotros las lecturas y las interpretaciones basadas en la teoría de los “formalistas rusos” que el problema de una comprensión histórico-social de la literatura estuvo ya presente en esta orientación entre estos teóricos. Cf. Yuri Tinianov, “De la evolución literaria” en Tinianov et. al. *Formalismo y vanguardia*, Madrid, A. Corazón, 1973, en que se plantea la relación entre la “serie literaria” y las “demás series de la vida social”. Vladimir Propp establece su estudio morfológico del cuento “mítico” con miras a encontrar y establecer sus raíces históricas, cf. *Morfología del cuento y Las raíces históricas del cuento*, ambas en Ed. Fundamentos, Barcelona, 1974.

¹⁰ Considero necesaria una re-lectura de “León Tolstoi, espejo de la revolución rusa” de V. I. Lenin, porque tal artículo, que ha servido de base a una serie de malentendidos, no establece propiamente una teoría del “reflejo poético” de lo real: constituye más bien —a pesar de su título, que puede llevar a confusiones— una fuente fecunda para establecer la relación poesía-ideología, en el sentido que hemos enunciado aquí.

de toda gran obra de arte, en el sentido lukacsiano por ejemplo (en el sentido de una “poética aristotélica”), y que derivó, en el mismo Lukács, en una estética finalmente normativa —y normativa al punto de no poder dar cuenta teóricamente de las “vanguardias” de nuestro siglo—.

d) Señala también una demarcación respecto de las estéticas fundadas en ideologías que reducen al marxismo a un humanismo, a una antropología filosófica, de las cuales derivan nociones alejadas del carácter teórico del materialismo histórico, tales como la realización humana a través de la “creación” poética, en que el “sujeto” se vería de algún modo reconocido en su producto (la obra), es decir, en su “objeto”; estéticas fundadas en nociones como sujeto, relación sujeto-objeto, esencia humana, libertad, que corresponden a antropologías filosóficas que nada tienen que ver con una interpretación materialista de las prácticas sociales, y que para el caso de la producción poética reintroducen bajo formas “filosóficas” residuos ideológicos mistificantes de la práctica literaria, de la poesía y del arte¹¹.

e) A partir de lo dicho se comprende que resulta inaceptable todo tipo de lectura “inmanentista” de las obras literarias. No queremos desconocer por ello el problema metodológico de la lectura de las obras concretas; pero estas no pueden ser leídas en su pura interioridad, y ni siquiera sólo en relación a otras obras poéticas; y esto en el sentido de que incluso un planteamiento metodológico que postule la “lectura textual” *previa* a una “lectura contextual” resulta insuficiente y unilateral, al igual que lo es la lectura inversa —propia del “sociologismo” cuanto del “psicologismo”—, e impediría de hecho establecer las determinaciones concretas que constituyen la obra en su propio “texto”¹².

6.

¿Cómo interviene el lenguaje en la producción poética? Es evidente que el lenguaje constituye el sustrato material inmediato de la poesía, y también en este sentido posibilita el que los “textos” poéticos se constituyan en *mensaje*, que se establezca la comunicación entre un “autor” —el sujeto emisor del mensaje— y un “lector” —sujeto receptor del mensaje—. Es evidente que sin comunicación no hay poema posible. Consideramos que una comprensión

¹¹ Sin embargo, dado que la poesía es una práctica dada en la ideología, y que la ideología constituye a los individuos concretos en sujetos concretos, habrá que investigar cómo se constituyen los sujetos de la poesía (autor, lector), dentro de cada género y en relación a la literatura de cada época y cada sociedad histórica concreta.

¹² Por el momento, me parece sugestiva la propuesta de lecturas sucesivas, comprensivas-explicativas, de Lucien Goldmann, aunque comporta serias dificultades en relación a los planteamientos aquí esbozados. Cf. *Pour une sociologie du roman*, Gallimard, Paris; *Structures mentales et création culturelle*, Paris, Anthropos; “El estructuralismo genético en sociología de la literatura”, en Goldmann et. al. *Literatura y sociedad*, Martínez Roca, Barcelona.

materialista-histórica de la producción poética no puede restringir el lenguaje¹³ a mero instrumento —medio de trabajo—; todo productor de poesía establece una relación de transformación tanto de “contenidos” ideológicos, cuanto de usos específicos de la “lengua poética”: la obra poética supone transformación de “contenidos” ideológicos, cuanto organización —por tanto, transformación— de signos; producción de ritmos, de metáforas, metonimias, aliteraciones, etcétera. Desde este punto de vista, el lenguaje es medio de producción, tanto “materia prima” cuanto “medio de trabajo”, y no mero instrumento, y menos aún mero medio de transmisión de un contenido. Lo dicho nos permite, de momento, llamar la atención sobre:

a) A nivel del lenguaje, volvemos a encontrarnos con la relación —y diferencia— entre ciencia, poesía e ideología (en esta ocasión, el discurso ideológico). Es sabido que la ciencia se esfuerza por reducir (y tendencialmente, por anular) el aspecto connotativo de las palabras, por establecer un valor puramente denotativo y por tanto no ambiguo del sentido, del significado. Por el contrario, mientras más ideológico es un discurso, nos encontramos con un mayor grado de ambigüedad, de connotación de la palabra. El poema se construye sobre la base de la polisemia; la poesía no presenta el repudio a la ambigüedad propio de la ciencia (del concepto), pero tampoco se resigna a la equivocidad absoluta; nos plantea de hecho un problema: el lugar donde se estructura su sentido, que no puede reducirse al interior de la obra, ni siquiera al interior de la “serie literaria”.

b) Las obras poéticas se dan bajo la forma de *textos*. Cabe que nos preguntemos si además constituyen siempre *discursos*. En las formas narrativas, es evidente la forma discursiva. Pero, ¿las obras poéticas constituyen siempre discursos? Pregunta que surge de la búsqueda de un lugar de clasificación para los llamados “objetos poéticos”, para los objetos del “letrismo”, o los “poemas concretos”, por ejemplo. Pero, en todo caso, la poesía que se da bajo la forma de discurso se vuelve objeto de una investigación que apunte a establecer las determinaciones ideológicas en el discurso: determinaciones presentes en los códigos, en las relaciones establecidas a partir de los códigos con los referentes (no lo real mismo, sino lo ideológico, la “cultura”, ese lugar de relación imaginaria con las relaciones reales)¹⁴.

Destaquemos que en el esquema de las comunicación, los dos polos de la comunicación son *sujetos* —sujeto emisor y sujeto receptor—; sujetos que establecen una relación de comunicación gracias a códigos que hacen posible tal comunicación. Sujetos, códigos, referentes: nos ponen inmediatamente frente a lo ideológico, que es el lugar donde se constituyen unos y otros.

¹³ Más aún: los lenguajes específicos de cada producción artística. Cf. al respecto Galvano della Volpe, *Crítica del gusto*, Seix Barral, Madrid, 1966, pp. 233 y ss.

¹⁴ Entre nosotros, el Prof. Arturo A. Roig viene trabajando en el análisis del discurso ideológico, sus propuestas pueden ser fecundas para el propósito aquí señalado.

c) La obra poética es un mensaje, en el cual —para decirlo usando la terminología propuesta por Roman Jakobson— domina la “función poética” del lenguaje, sin que por ello se anulen las demás funciones (referencial, emotiva, connotativa, fática, metalingüística)¹⁵. Lo que nos sirve para reiterar que hay una especificidad, la dominancia de la función poética, y la presencia de las demás funciones del lenguaje, sobre lo que se puede trabajar en la perspectiva de establecer la relación de la obra poética con la ideología.

d) No entender el lenguaje como mero instrumento nos permitiría recuperar la tesis de los “formalistas” relativa a la función lingüística de la poesía: liberar el lenguaje de los automatismos de los actos del habla cotidiana.

7.

La producción poética se encuentra determinada por la existencia de aparatos específicos: los aparatos ideológicos de Estado culturales.

La intervención de la lucha de clases en lo ideológico se manifiesta sobre todo en torno a estos aparatos, donde se organizan las prácticas y rituales ideológicos —en este caso, los que competen a la cultura, al arte, a la literatura—, a través de la lucha por la detentación de estos aparatos, lo que determina que una clase (la dominante en el conjunto de la formación social) establezca su *hegemonía* ideológica. Las ideologías de las distintas clases aparecen así, finalmente, como hegemónicas o subordinadas respecto de su relación con los aparatos ideológicos. Los aparatos ideológicos no son, sino en última instancia, aparatos de represión (de censura, por caso), y tienden más bien a establecer la relación de dominio y subordinación a través de la “apariencia” del consenso.

Los aparatos ideológicos aparecen, por otro lado, en la esfera “privada” y no “pública” —o no únicamente “pública”— de la vida social, pero son en estricto rigor aparatos del Estado¹⁶.

En lo que a la práctica literaria se refiere, el aparato ideológico de Estado cultural interviene indudablemente para determinar: el estatuto de lo literario (y de lo no-literario) en una “época” determinada; lo estético y lo no estético; lo literario que debe difundirse ampliamente; el carácter del público (su conformación): élite versus masa; para señalar el estatuto del productor, del poeta, del “creador”; para establecer rituales y escenarios para los ritos —juegos olímpicos, juegos florales; corte para el trovador y plaza para el juglar; concursos; mecanismos editoriales... como también y en contrapartida los rituales necesarios de la iconoclastia, y los de su recuperación para el “sistema”—; intervienen en la configuración del

¹⁵ Roman Jakobson: “Lingüística y poética”, en *El lenguaje y los problemas del conocimiento*, Bs. As., Rodolfo Alonso Editor, 1971, pp. 9 y ss.

¹⁶ Lo “privado” y los “público” no establecen una diferencia respecto del Estado (privado –estatal; público – estatal); son más bien esferas creadas por el derecho burgués.

gusto, cuanto también establecen sus prohibiciones, sus represiones: la censura abierta o embozada. Es el AIE cultural el que en el capitalismo establece el estatuto del museo, de la editorial, etc.

Por otra parte, no solamente el AIE cultural interviene sobre la producción poética; también, y en la medida en que es una práctica que se da en relación con lo ideológico en su conjunto, no está ajena a las determinaciones de otros aparatos ideológicos: religioso (las iglesias), educativo, político (partidos, burocracias). De ahí las restricciones, prohibiciones, represiones –físicas y psicológicas–, que actúan sobre la producción poética.

Desde esta perspectiva podríamos avanzar en la investigación concreta de las determinaciones que actúan para delimitar lo que en cada época se instituye como literario (problema planteado por Tinianov), cuanto de las determinaciones que inciden sobre la valoración, planteada, por caso, por los llamados “estructuralistas checos” (Jan Mukarovsky, Félix Vodicka), quienes han procurado avanzar en el estudio de “las obras como objeto estético y como objeto de una determinada valoración”, a partir de concebir la obra literaria “como un signo estético destinado al público”¹⁷. En el intento de establecer criterios rigurosos para constituir una historia de la literatura, Vodicka señala: “No hay que considerar a la literatura solo como un conjunto de obras literarias existentes, sino también como un conjunto de valores literarios. Existe un determinado público interesado por la literatura de una determinada nación, o bien de una determinada clase social, en determinado momento; también hay cierto número de obras, clasificadas dentro de una determinada jerarquía de valores”¹⁸. A nuestro modo de ver, el establecimiento de las normas literarias y del conjunto de postulados literarios de cada época, cuanto los criterios de valoración aceptados por el público de manera “instintiva”, esto es, de manera espontánea, se producirían dentro de la organización de los aparatos ideológicos respectivos, bajo la determinación de la lucha de clases en el conjunto de la ideología.

8.

Estoy consciente de que hemos dejado de lado aspectos fundamentales, para citar el más importante: la constitución histórica de los géneros. Sin embargo, a pesar de la provisionalidad de los enunciados realizados, quisiera decir unas pocas palabras a propósito de la *crítica*.

La crítica no constituye una teoría, sino el ejercicio de una teoría; a través de la perspectiva teórica entraña siempre una toma de posición, y, por tanto, finalmente es una intervención política sobre los productos poéticos, pero es una intervención política específica.

¹⁷ Félix Vodicka: “Historia de la repercusión de la obra literaria”, en Vodicka et. al. *Lingüística formal y crítica literaria*, Madrid, A. Corazón, 1970, p. 49.

¹⁸ *Ibid.*, p. 51

Su carácter político, entendámoslo así, no está dado por la adscripción a las necesidades coyunturales de la acción partidaria; no está inmediatamente determinada por la política cultural de los partidos, la cual interviene de manera directa e inmediata para producir efectos políticos en el terreno de la cultura, sino por la posición referente al *conocimiento* mismo de las obras poéticas y por la acción que a través de la actividad de la crítica se ejecuta al interior de los aparatos ideológicos de la cultura. Hay una toma de posición, por tanto, respecto de la fundamentación teórica que posibilita tal crítica, que permite la realización de una lectura que desentraña las determinaciones de la obra poética. Es una lucha en el escenario de la práctica literaria. Es también ahí donde se comprende el valor educativo de una crítica de izquierda: en la configuración de un amplio público popular.

Lunacharsky se refería al carácter sociológico e histórico de esa crítica, esto es, a su fundamentación teórica en el materialismo histórico¹⁹. Y sin embargo nada más alejado de una crítica sectaria o dogmática que sus breves apuntes sobre Proust o sobre Renoir, con lo cual procuro afirmar que una crítica materialista histórica que logre o se oriente a desentrañar el sentido de la obra, sus determinaciones múltiples, nada tiene que ver con el dogmatismo zhdanovista, ni con la reducción mecánica de los “contenidos” de la obra a una ideología de clase —la clase donde se sitúa el productor—, sino que se constituye en una actividad teórica compleja. Actividad crítica que tiene como condición el desarrollo del materialismo histórico, para el caso que nos ocupa, en el terreno específico que atañe a la ideología, a la literatura (mejor, a la poesía) y al arte, y a la intervención en la historia concreta de las formaciones sociales de lo ideológico, de la poesía y del arte.

¹⁹ Anatoli Lunacharsky, “Tesis sobre los problemas de la crítica marxista”, *Sobre la literatura y el arte*, Bs. As., Axioma, 1974, pp. 11-24.